

geográfica española», con incorporación de los conceptos y métodos científicos entonces vigentes internacionalmente.

No se plantea, sin embargo, el libro en ningún caso el paso del repertorio al análisis. Por lo tanto, aun menos lo pretendemos nosotros en una simple recensión que, además de no tener por parte de quien la escribe las necesarias base y reflexión para ello, quisiera sólo prolongar en este número de *Ería* el talante de homenaje que tuvo tanto esta contribución escrita como el acto del XIV Congreso Nacional de Geografía de Salamanca, a fines de 1995, en el que se distribuyó.

Ateniéndonos, pues, al método, la recopilación se presenta dividida en secciones, que definen, además, el campo propiamente geográfico de este período, más minoritario y difuso anteriormente: la primera, recoge, con comentarios iniciales, la producción de las revistas estrictas de Geografía, no de otras más o menos afines, entre 1940 y 1969 (lo que ya incluye en los sesenta el comienzo de la generación posterior), es decir: *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, que enlaza con una tradición definida que procede de 1876, más las universitarias, propias de esta época, *Estudios Geográficos*, *Geographica*, *Cuadernos de Geografía*, *Revista de Geografía* y *Papeles del Departamento de Geografía*.

La segunda parte contiene libros, actas de congresos, tesis y memorias de licenciatura entre los años 40 y 69. A su vez, estas aportaciones definen ese «campo geográfico» antes mencionado: los libros son obras de los autores luego particularizados —en algunos casos sus mismas tesis; en los demás, ya estudios monográficos de método propio, síntesis y manuales—. Obviamente, las tesis y tesinas (en las universidades de Madrid, Barcelona y Valencia, 58 tesis, desde 1942 a 1969, y 158 tesinas entre 1953 y 1969), que constituyen la investigación moderna y primordial, corresponden a la producción universitaria dentro de las líneas de investigación de los mismos maestros. Las aportaciones a congresos geográficos (lo importante es que ya existían en España con este nombre: 1941, 1942, 1944, 1961, 1963, 1965) delimitan y consolidan el terreno y remiten, en lo sustancial, a tales líneas, pero también significan el paso de contribuciones individuales, cuya tradición se remonta a 1871, a «colectivas», como muestra la publicación agrupada de las aportaciones españolas al XX Congreso Geográfico Internacional en 1964.

La tercera parte particulariza finalmente las bibliografías y un escueto historial de los distintos geógrafos de esta generación, que han sido también necesariamen-

te seleccionados. No obstante, aunque sólo son 28, ocupan casi 190 páginas a doble columna de títulos de publicaciones. Tal selección ha sido efectuada por el carácter propiamente geográfico de la aportación de dichos autores y por su trascendencia profesional. En razón de ambas y de su misma edad, han sido divididos en dos grupos: por un lado, el más reducido en número de los «mayores», que ya venían publicando con anterioridad a la Guerra Civil —lo que incluyó su formación en el panorama de los años siguientes y, en casos especiales, les facultó para armar magistralmente la geografía de postguerra— y, por otro, el más nutrido de la estricta «generación de los 50».

En consecuencia, los hechos hablan por sí solos. En el período estudiado por Rodríguez Esteban se arma la Geografía española, matriz de la actual, y no débilmente, sino como un cuerpo sólido: como nuestra primera implantación colectiva en el deseable «gobierno de los libros».— EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

*Geógrafos y naturalistas**

El contenido de este libro corresponde a las conferencias pronunciadas en el curso «*Naturalismo y Geografía en la España Contemporánea*», organizado por el Instituto de España en febrero de 1993. Desde distintos enfoques se analiza en él la génesis del cultivo en España de la moderna Ciencia Geográfica, en el marco del Naturalismo de los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX.

Los científicos de esta época, herederos del Enciclopedismo ilustrado, se formaban en distintas ramas de la llamada Historia Natural y en otras ciencias afines, o complementarias de carácter técnico o instrumental como la Matemática, la Cartografía, etcétera. Conscientes del aislamiento que, en épocas anteriores, había sufrido la ciencia española, respecto de la europea y del conjunto de la ciencia exterior, trataron de incorporarse a la misma, aportando a ella el conocimiento de España, cuyas riquezas e interés natural habían sido ya descubiertos por los naturalistas extranjeros. Impulsados por el reconocimiento exterior de las posibilidades de su propio

* GÓMEZ MENDOZA, J.; LÓPEZ ONTIVEROS, A.; MARTÍNEZ DE PISÓN, E.; ORTEGA CANTERO, N.; QUIRÓS LINARES, F. (1995): *Geógrafos y naturalistas en la España Contemporánea: Estudios de historia de la ciencia natural y geográfica*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid. 167 págs.

país, acudieron a los foros científicos extranjeros, y entraron en contacto, de muy diversas formas, en función de su peripecia vital o de la trayectoria de las instituciones a las que pertenecían, con los naturalistas, las instituciones, las ideas y los métodos científicos de la época.

La aplicación de los estudios a territorios concretos, algunos casi tan desconocidos desde el punto de vista de sus «producciones naturales» como lo había sido América para Humboldt, exigió el viaje de reconocimiento, la localización geográfica de los fenómenos y elementos reconocidos, la descripción, inventario y catalogación de las especies, el análisis de las formas de relieve, junto al de las rocas y estructuras que las sustentaban, la medición de los fenómenos para describirlos en sus verdaderas dimensiones.

Siguiendo los métodos innovadores introducidos por los grandes naturalistas de la época, buscaron la explicación causal de los fenómenos y las leyes generales, entre ellas las que rigen las distribuciones de los seres vivos, las formas de relieve, la población humana, etcétera. Pensaban que en las conexiones que se establecen entre los elementos presentes en la epidermis de la Tierra se encuentra frecuentemente esa explicación causal y que entre los métodos, el comparativo, era el que mejor permitía ver las regularidades de los fenómenos y las excepciones a las mismas, es decir, remontarse a las leyes generales.

La Ciencia Geográfica española, como el conjunto de las modernas Ciencias Naturales, surgió en este período, en el marco de la Historia Natural, como una evolución del antiguo saber geográfico, pero con una diferencia esencial y es que la moderna Geografía constituye un tipo de conocimiento diferente sobre el territorio: el saber descriptivo y enumerativo que era reconocido como el propiamente geográfico, se convirtió en explicativo, algo esencial para su reconocimiento científico. En el ámbito de la Historia Natural el conocimiento geográfico comenzó siendo un apéndice o capítulo final de las respectivas ciencias naturales que estudiaban fenómenos con proyección espacial, pero este conocimiento fue tomando cuerpo e independencia, al mismo tiempo que la Geografía, por influencia de Humboldt, fue adquiriendo un carácter de saber global, totalizador, cuyo objeto final serían las configuraciones espaciales que aparecen en la superficie de la Tierra, como consecuencia de un conjunto de fuerzas o factores que actúan simultáneamente.

En este libro, desde distintas ópticas, fundamentadas en el análisis de: la labor científica y las aportaciones

de figuras singulares de la época, los objetivos y empresas de las instituciones, las grandes obras de interés geográfico y el desarrollo de las modernas ciencias geográficas, puede seguirse el desarrollo y consolidación de las ideas anteriores y la puesta en práctica de las mismas.

En el primer capítulo, FRANCISCO QUIRÓS LINARES hace un estudio minucioso del valor geográfico de la obra de Ramón de la Sagra, un científico polifacético del siglo XIX (1798-1871), al que considera seguidor de Humboldt en sus planteamientos y métodos científicos. Como resultado de este seguimiento y de la calidad científica de sus aportaciones, se plantea el autor la posibilidad de que Ramón de la Sagra llegue a ser considerado, tras una valoración más fundamentada de su obra, el primer geógrafo español moderno.

Formado en diversas disciplinas, como corresponde a un naturalista de su época, Ramón de la Sagra se trasladó a la Isla de Cuba para desempeñar una cátedra de Historia Natural. Fue allí profesor de Botánica agrícola y director del Jardín Botánico de la Habana, entrando en contacto, por razón de este cargo, con museos y naturalistas extranjeros. El mismo año que Humboldt publicaba su *Essai politique sur l'île de Cuba* concibió el proyecto de su fundamental obra geográfica *Historia física, política y natural de la Isla de Cuba*, compuesta de catorce volúmenes, de los cuales él escribió íntegramente los dos primeros y el Suplemento final. Aunque para él la Geografía era fundamentalmente «descripción topográfica» y la Geografía Política una ciencia especulativa, la síntesis o saber totalizador sobre los fenómenos o los hechos, al que él llamaba «Historia» —«Historia Física» e «Historia Política»—, probablemente por paralelismo con lo que era entonces la Historia Natural, llegó a convertirse, años más tarde, en las modernas Geografía Física y Política. Este saber global, con dimensión territorial, quedaba dividido en esas ramas en su obra; no obstante trató de establecer también conexiones entre los saberes naturales y sociales. Su trabajo estaba basado en la recopilación de datos y series de los mismos sobre el terreno, recogidos por él o por otros; su fidelidad a este método hizo que cuando no pudo disponer de los datos porque todavía no habían sido recogidos, como en el caso de la Geografía botánica, concebida al modo de Humboldt, como distribución de los grupos de comunidades, el capítulo no se escribiera. El seguimiento de los principios humboldtianos de causalidad y conexión y la aplicación del método comparativo son constantes en su trabajo, de forma que estos volúmenes constituyen una moderna Geografía General de la Isla de Cuba.

Como Humboldt, fue a París para publicar su obra con los medios adecuados. En su viaje hizo una escala en Estados Unidos donde entró en contacto con las instituciones y la sociedad norteamericana, despertándose en él un mayor interés por las cuestiones sociales, especialmente por los acentuados contrastes que favorecía la Revolución Industrial. En Europa sus estudios se diversificaron manteniendo siempre, en sus planteamientos y en sus métodos, el carácter innovador. En sus estudios sobre la población se pone de manifiesto su visión globalizadora y moderna, por lo que puede ser considerado el precursor de la Demografía y de la Geografía de la Población en España.

El autor subraya el valor representativo de esta figura en el panorama científico español de su época.

JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA analiza la dimensión geográfica de una de las obras forestales más importantes del período, la *Flora forestal Española* de Máximo Laguna y Villanueva, publicada entre 1883 y 1890. Esta obra responde a los caracteres de los grandes estudios, programados por la administración española, para conocer los recursos existentes, su localización y su estado de conservación. Se elaboró con el objetivo de *conservar y fomentar los montes*, como un *estudio de la flora forestal y su distribución geográfica*, en el que también se recopilaban observaciones sobre su *cultivo y aprovechamiento*. Para alcanzar sus fines era necesario el sistemático reconocimiento de los recursos forestales sobre el terreno que estuvo a cargo de una Comisión constituida por dos ingenieros de Montes: Máximo Laguna que fue el director de la misma, y Pedro de Ávila, a la que, en diversos momentos, se sumaron otros investigadores. Los recorridos de dicha Comisión han sido sistematizados en fichas por la autora y aparecen en un anexo.

El método de trabajo que este científico propugnaba era el del naturalista, cuyo punto de partida debía ser siempre *la observación minuciosa sobre el terreno*; en el caso del silvicultor, esta observación no podía reducirse al inventario y localización de las especies, sino que habían de observarse también las relaciones entre las mismas, sus conexiones con el medio ambiente y las comunidades que formaban. La aplicación de este método aportaría, en su opinión, la recompensa del *verdadero conocimiento y la satisfacción personal* que proporciona el contacto con la Naturaleza. Además de su afición al estudio de ésta son rasgos de este autor: el interés por el progreso del conocimiento biológico, su espíritu abierto al progreso y utilidades de la ciencia, la concisión de pensamiento, y la sencillez en la forma de presentar los conocimientos propios y ajenos.

Considera la autora que la Flora forestal Española constituye una obra de *Geografía Botánica*, ya que en ella se presenta lo que Máximo Laguna llama *el cuadro de la vegetación forestal*, es decir, según el entendimiento de la época, la descripción global de las configuraciones espaciales, interpretada o explicada a través de la red de factores actuantes. Ese *cuadro* comprendía: la distribución geográfica de las comunidades leñosas en función del suelo y el clima, los caracteres de esa vegetación y la clasificación de la misma según su diversidad regional y, por último, algunos datos sobre su cultivo y aprovechamiento. Solamente se incluirían en la Flora las especies silvestres o asilvestradas ya que había de ser *verdaderamente española*, y contendría todas las especies leñosas, incluso matas que, por su tamaño o su área de extensión, tuvieran importancia forestal.

Los trabajos de la Comisión se extendieron por diversas zonas de España, especialmente por sus montañas, como puede verse en el anexo citado. Los *Resúmenes* contienen el relato de las excursiones y el listado de especies con datos sobre dominancia y sociabilidad acompañados del nombre vulgar, además se incluyen en ellos: observaciones diversas, descripciones e impresiones, estas últimas generalmente de admiración ante los paisajes más bellos. Muchas de las observaciones, debidamente completadas y sistematizadas pasaron directamente a la Flora.

Mención aparte merecen el conjunto de láminas (48 en la primera parte y 73 en la segunda) dibujadas por Julio Salinas que representaban, en tamaño natural, diversos órganos de las plantas. Éstas constituyen un elemento novedoso y muy valioso de la obra. Los modelos a los que se ajustó la ordenación interna de los taxones fueron: el *Prodomus florum hispanicae* de Willkomm y Lange y la *Flora fanerogámica de la Península Ibérica* de Mariano del Amo.

La riqueza y diversidad de la flora española, debida en gran parte a su influencia africana, permitía compararla ventajosamente con la flora europea; sin embargo su vegetación era más pobre: árboles aislados donde debieron existir bosques, escasez de repoblación natural, brotes recomidos por el ganado..., la causa de esta degradación eran los aprovechamientos inadecuados vinculados a economías de subsistencia. El mal estado de conservación de algunos montes se debía a la influencia de la propiedad y sólo se corregiría, según el autor, con la adquisición de los mismos por el Estado.

El tercer capítulo, redactado por EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN, está dedicado al origen en España

de una ciencia de raíz naturalista, la Geomorfología, que ocupó, en sus inicios, todo el campo de la Geografía Física, identificándose con ella y tomando esta denominación. Nació esta ciencia en el ámbito de la Geología a partir de observaciones e interpretaciones sobre las formas de relieve de la superficie de la Tierra, por ello los antecedentes de este saber científico, que se irá consolidando en España a lo largo del período analizado, son las descripciones, más o menos fundamentadas, realizadas por los exploradores españoles del Nuevo Mundo, las cuales constituyen una *inicial atención* a algunas formas del relieve y sus dinamismos. Otros hechos más próximos (siglo XVIII y comienzos del XIX), como la publicación de la *Geografía Física de España* de Bowles, algunas ideas de Feijoo expuestas en su *Teatro Crítico*, las *Observaciones* de Cavanilles, el estudio del Pirineo por Ramond y el de Canarias por Humboldt... van constituyendo aplicaciones a España de los temas de interés geomorfológico de la época: ríos, montañas, volcanes y glaciares, y de los métodos de investigación científica modernos: observación directa en la Naturaleza, medición, comparación, conexión. La consecuencia inmediata de esta labor fue un conocimiento directo del territorio por estos pioneros, práctica que fue seguida por los geólogos dedicados a la realización de la cartografía geológica española. Éstos escribieron las Memorias Provinciales, las cuales, junto con otros textos geológicos de fines del XIX, van constituyendo un conjunto importante de conocimientos geomorfológicos sobre España.

La figura de Casiano de Prado representa un cambio en el tratamiento de los temas y sobre todo en la actitud investigadora de los geólogos, cambio que supondrá el inicio de la investigación geomorfológica moderna en España. Su interés científico y vivencial por las montañas enlaza con el movimiento alpinista que se desarrollaba en Europa y del que España permanecía ausente; la calidad de su análisis geomorfológico, basado en la exactitud de las descripciones y los datos, la aplicación rigurosa del lenguaje científico, introduciendo las voces populares, la *visión trabada* de lo natural y el interés por lo propio, son algunas muestras de su modernidad.

A fines del siglo XIX se introducen una serie de cambios que consolidarán los estudios geomorfológicos en España: quedan bien establecidos los grandes rasgos morfoestructurales de la Península —la meseta interior y la organización espacial en función de las grandes formas—; circulan las obras de los fundadores de la Geomorfología, Davis y Penck, y de otros autores de interés; científicos extranjeros reconocidos vienen a trabajar a España, asistiendo también los científicos españoles a

los foros internacionales donde se debaten las nuevas ideas, se transmite la sistemática geomorfológica, y se comunican los métodos de trabajo; esta mejor preparación hace que los científicos españoles sientan la necesidad de liberarse del colonialismo cultural, haciendo sus propias aportaciones y estudiando su territorio. Los trabajos de Botella, Macpherson y Calderón rehacen la concepción geológica de España. Los de Obermaier desvelan los caracteres del glaciario pleistoceno en las montañas peninsulares.

El conocimiento y la valoración científica y social de los relieves españoles se pone de manifiesto en el hecho de que los primeros Parques Nacionales y algunos de los primeros Sitios Naturales, declarados en España, sean áreas montañas destacadas por sus formas de relieve.

Merece especial atención en el desarrollo del conocimiento del relieve español la figura de Eduardo Hernández Pacheco por su extensa producción y su atención a temas geomorfológicos clave como los volcanes, las terrazas, las costas y el paisaje, entendido este último como conjunción del ambiente geográfico y el medio geológico. La geomorfología española se construye así en el campo común de la Geología y la Geografía, destacando en esta primera etapa científica, además de Eduardo Hernández Pacheco, Juan Dantín, Lucas Fernández Navarro, Carlos Vidal Box y Francisco Hernández-Pacheco que no sólo se dedicaron al estudio de España sino también al del norte de África.

De las dos tendencias geomorfológicas seguidas en Europa en este período la alemana, una *morfología paisajística comparada*, en la que el relieve se interpretaba en términos morfoclimáticos, como una *ecología de formas*; y la francesa, de raíz anglosajona, centrada en los modelos de evolución, el estudio de las superficies de erosión, etcétera, los científicos españoles optaron por esta última. En los años sesenta de este siglo, algunos autores han vuelto a la dimensión naturalista o paisajista del relieve.

NICOLÁS ORTEGA CANTERO analiza la labor de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1936). Considera que esta institución contribuyó a *mantener* y *afianzar* el movimiento de renovación cultural, intelectual y científica que surgió en España desde la Restauración y, en el campo de la Geografía, favoreció su modernización. Inspirada en el ideario de la Institución Libre de Enseñanza sus cometidos serían: la ampliación de estudios con el fin de incorporar al país al movimiento científico y pedagógico de las

naciones más cultas; y el fomento de la investigación científica, canalizado a través de diversos organismos, como el Instituto Nacional de Ciencias en el que se englobaban los estudios de carácter naturalista.

En relación con la Geografía, las pensiones para ampliación de estudios se concedieron fundamentalmente a profesores de Escuelas Normales y de Institutos para formarse en aspectos didácticos, pedagógicos y científicos, produciéndose una renovación de la enseñanza de la Geografía en España que ya se había iniciado en la Institución Libre de Enseñanza, con figuras tan representativas como la de Rafael Torres Campos. Otras pensiones se dedicaron a la investigación geográfica, concediéndose a profesores de instituto, entre ellos Juan Dantín Cereceda y Manuel de Terán. El pequeño número de estas pensiones se relaciona con la escasa importancia que tenía la Geografía en la época; pero junto a éstas se concedieron otras a naturalistas interesados en los aspectos geográficos de sus ciencias. Esta conexión entre los conocimientos naturalistas y geográficos fue una de las claves del desarrollo de la Geografía moderna.

A través del Laboratorio de Investigaciones Geológicas, dirigido por Eduardo Hernández-Pacheco, se fomentó la investigación geográfica en el campo de la llamada Geografía Física —Geomorfología— que siguió las orientaciones de la escuela francesa: la regional y la morfológica. Esta última, arraigada en Francia por influencia de Davis, se dejó sentir tanto en la Geografía Física que pasó a ser *un estudio de las formas de la superficie terrestre teniendo en cuenta su génesis y su situación actual*, como en la Geografía Humana, pasando a ser ésta *el estudio de las formas del paisaje debidas a la acción del hombre*. Esta aplicación de la teoría davisiana a la Geografía Humana constituía un intento de modernización de la misma, aplicando los modelos y métodos que habían modernizado la Geografía Física. La visión naturalista del conjunto de la Geografía, considerando al hombre un componente más del orden natural, empobreció la interpretación de la dimensión espacial de los hechos humanos.

Juan Dantín Cereceda, uno de los teóricos de la Geografía, consideraba que una de las claves de la modernidad de esta ciencia se debía a su situación bajo la óptica naturalista y morfológica. Consideraba que la Geografía moderna era una ciencia sintética, dedicada al estudio de relaciones entre las que destacan las de causalidad que a veces pueden precisarse con la localización. Según Nicolás Ortega, la aplicación de estos criterios a la Geografía Humana es problemática ya que atribuye demasiadas capacidades causales y explicativas a los com-

ponentes naturales. Eduardo Hernández-Pacheco opinaba que los nexos entre las condiciones naturales y la acción humana pueden separarse bastante. Un importante campo de investigación fue la región en su dimensión paisajista, como manifestación del conjunto de relaciones que estructura la superficie terrestre. Según Dantín entre los componentes esenciales de la región, el relieve tenía un gran *protagonismo causal*.

La teoría sobre el paisaje geográfico y el análisis de los paisajes de la Península Ibérica fueron abordados por varios autores de la época, pero especialmente por un científico naturalista vinculado a la Junta, Eduardo Hernández-Pacheco.

El libro termina con el análisis de la vida y obra de otro gran naturalista español, Juan Carandell Pericay. ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS introduce su artículo con una síntesis del naturalismo andaluz dividido en dos etapas: el período previo a la época analizada en el que destacan las aportaciones de botánicos y viajeros y el que corresponde a los años 1875-1936, en el que ya aparecen figuras polifacéticas como la de Antonio Machado y Núñez y naturalistas dedicados al campo geológico-geográfico como José Macpherson y Salvador Calderón, ambos teóricos de la Geología moderna, interesados por varias ramas de la Ciencia Natural, la Geografía y los conocimientos humanísticos. En este capítulo introductorio se dedica también un apartado a la importancia de la Sierra Nevada como *«laboratorio para el naturalista europeo y español»*.

Juan Carandell nació en Figueras en 1893 y se licenció en Madrid en Ciencias Naturales, doctorándose con una tesis sobre las calizas cristalinas del Guadarrama. Entró en contacto con dos de las instituciones educativas y científicas españolas más importantes de la época, que marcarían de forma significativa su posterior obra y talante intelectual: la Institución Libre de Enseñanza y el Laboratorio de Investigaciones Geológicas, donde contactó con Lucas Fernández Navarro y con Hugo Obermaier, en unión del cual realizó varios trabajos sobre el glaciario en España. En 1917 obtuvo una Cátedra de Instituto siendo destinado a Cabra, de donde se trasladó a Córdoba en 1927, permaneciendo allí hasta poco antes de morir el año 1937 en el Ampurdán, donde ya bastante enfermo continuaba trabajando en su ensayo sobre esta región. Su obra científica es amplia y polifacética, debido a su interés por diversas ciencias, especialmente las naturales, las relacionadas con la educación, las artes, etcétera. Su labor educadora no se limitó a la enseñanza de la ciencia sino que, como buen institucionalista, *se servía de ella para la educación integral de*

sus alumnos. Además de pedagogo y hombre de ciencia fue un artista en el terreno de la literatura y la plástica y un humanista.

Desde su aislamiento en los institutos andaluces, Carandell estableció conexiones con las instituciones científicas nacionales y extranjeras de la época, con las que mantenía copiosa e interesante correspondencia; además, un conjunto de trabajos como sus traducciones, las notas de los congresos internacionales a los que asistió, las memorias de excursiones que escribió para el XIV Congreso Geológico Internacional, los reportajes de sus viajes por Inglaterra y los Alpes, etcétera, muestran su actividad intensa y algunos de los rasgos típicos de los mejores naturalistas de la época: interés por actualizar sus ideas y dar a conocer sus trabajos sobre España, la práctica del viaje como medio para asimilar los logros de los países visitados, etcétera.

Las aportaciones científicas de Carandell son clasificadas por el autor siguiendo dos criterios: cronológico y temático. En la primera clasificación, en función de las etapas de su vida establecidas por Solé Sabarís, distingue: la inicial o de formación, con aportaciones puramente geológicas; la de permanencia en el instituto de Cabra, dedicado al estudio geológico de la comarca y de Andalucía, con gran interés por el desarrollo de la teoría geológica, y la etapa final que se inicia con su acceso al instituto de Córdoba, orientándose a los estudios geográficos y geomorfológicos, sin abandonar totalmente anteriores tendencias. En la segunda clasificación, distingue aportaciones en los siguientes campos científicos: *Epistemología geológica* de la que no hace aportaciones personales pero sí una asimilación y divulgación de las modernas teorías geológicas; *Geología y Geomorfología españolas y especialmente del Sistema Central*, vinculado en Madrid a profesores de la Institución y el Instituto de Estudios Geológicos, realiza numerosos trabajos entre los que destacan los dedicados al glaciario, entrando en contacto por primera vez con Andalucía a través del estudio del glaciario de Sierra Nevada; *Geología y Geomorfología andaluzas*, empieza a aplicar la tectónica moderna a la interpretación del relieve andaluz, realiza numerosos estudios de morfología, fluvial y litoral, estudia las comarcas andaluzas desde las perspectivas geomorfológica y «antropogeográfica», y construye la primera síntesis bien estructurada del relieve andaluz; *Geografía Humana andaluza* en la que trata de conjugar los factores físicos, humanos e históricos, convirtiéndose en el gran geógrafo del naturalismo andaluz; *Geografía de Cataluña* de la que escribió su mejor monografía geográfica sobre el Bajo Ampurdán; por último

se señala la aportación que realizó en el conjunto de sus textos, pero especialmente en los dedicados a *viajes y excursiones*, a través de su obra *gráfica*, por la calidad y expresividad de sus dibujos y esquemas, además de las síntesis bien estructuradas y la aplicación del impulso institucionista al contacto educativo y formativo con la Naturaleza.

Los diversos enfoques y análisis de este libro constituyen, en su conjunto, una valiosa aportación a la historia del conocimiento geográfico, en el período en que éste se transforma de un saber erudito y meramente descriptivo, en un saber científico moderno. Los autores concuerdan en las claves esenciales de esta transformación, pero el abanico de aspectos y reflexiones que ofrece el conjunto de las conferencias, permite una visión amplia y matizada del citado proceso histórico.— CONCEPCIÓN SANZ HERRAIZ

*La geografía francesa de la época clásica (1918-1968)**

Sobre la escuela geográfica francesa de mediados de siglo disponíamos hasta ahora de la magnífica obra de André Meynier de 1969 y de algunos trabajos parciales más recientes. El libro de Meynier tiene la riqueza de percepción que confiere el conocimiento directo de los hechos pero, al mismo tiempo, la interpretación se hace desde demasiado dentro y carece de perspectiva para el momento final que estudia¹. Otro texto que a mí me resulta muy esclarecedor es el de Marie Claire Robic sobre la geografía regional del período de entreguerras mundiales y su crisis de los años cincuenta, contenido en un libro de más amplio horizonte temporal dirigido por la autora². Por su parte, Numa Broc propuso en 1993 una radiografía del medio social, cultural y profesional de los geógrafos de 1918 a 1939³.

* CLAVAL, Paul et SANGUIN, André-Louis (Dir.) (1996): *La Géographie française à l'époque classique*, Paris, L'Harmattan, Col. «Géographie et Cultures», 346 págs.

¹ MEYNIER, A. (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, Paris, Presses Universitaires de France.

² ROBIC, M. C. (1992): «Milieu, région et paysage géographique: la synthèse écologique en miettes?» en ROBIC, M. C. (Dir.): *Du milieu à l'environnement. Pratiques et représentations du rapport homme/nature depuis la renaissance*, Paris, Economica, 343 págs.

³ BROU, N. (1993): «Homo Geographicus: radioscopie des géographes français de l'entre-deux-guerres (1918-1939)», *Annales de géographie*, 571, págs. 225-254.